

«Que no se haga mi voluntad, sino la tuya»

■ ROLANDO LÓPEZ, S.J.

El pasado 11 de junio, a los 42 años falleció Rolando López Amat y León, jesuita peruano alegre y festivo (según él, descendiente de la Perricholi), profundo conocedor de las Escrituras, peregrino, humanista, quien vivió y estudió en Chile y dejó aquí muchos amigos jesuitas y laicos. Trabajaba hasta entonces en el Vicariato de Jaén, donde fue rector del Seminario. Poco antes de morir dirigió esta carta a sus hermanos, cuyo contenido reproducimos para compartir su espiritualidad en un momento de agonía.

Querido José María, hermanos, hermanas, Vicariato de Jaén:

Aunque ésta tenga forma de circular dirigida a todos(as) considérenla una carta personal: Tengo en mi recuerdo y en mi corazón el rostro de cada uno(a) de ustedes, con quienes deseo compartir estos momentos tan especiales de mi vida.

Ya saben en qué circunstancias tuve que salir de Jaén: prácticamente asfixiándome. Del aeropuerto me llevaron inmediatamente a la Clínica Tezza: auscultación, placas, análisis...

el pulmón muy comprometido. Las tres semanas iniciales en cama, viví la primera parte de la agonía de Jesús en Getsemaní: tristeza, miedo, rebeldía... *¡Aparta de mí este cáliz!* ¿Por qué a mí en la plenitud de mi vida? El Domingo de Ramos, el Señor me dio la gracia de experimentar la segunda parte: «*Que no se haga mi voluntad, sino la tuya*». Puse mi vida en las manos del Señor. Y comprendí que para eso he vivido: para estar con el Señor. Desde ese momento me invadió su paz.

El Jueves Santo, día del sacerdote, con el gran cariño fraterno que lo caracteriza, mi que-

ridísimo padre provincial me dio el diagnóstico: cáncer al pulmón. Jueves Santo sacerdotal clavado -de alguna manera- con Jesús; conectado las 24 horas a un tanque de oxígeno que él no tuvo y a una vía central que va directamente a la aorta, por la que me administran todos los medicamentos. Tampoco tuvo Jesús estos cuidados ni los del equipo de médicos con el que cuento; ni la atención de "ángeles de la guardia" como Alfredo del Risco, Ubaldo Ramos y todo el equipo de la enfermería jesuítica.

Inmediatamente después de conocer la seriedad de mi estado, vino otro hermano queridísimo, el padre Fausto Pardo, S.J., a quien le dieron dos meses de vida y ya lleva once años con su cáncer. Fausto me ha dado valor para la lucha: Me pongo en manos de Dios, no le pido salud ni enfermedad, vida larga o vida corta, sino lo que sea para su mayor gloria. En manos de Dios, y al mismo tiempo dispuesto a luchar y poner de mi parte lo necesario. No quiero ser de los enfermos que contribuyen a su derrota, quiero participar activamente de la victoria de Dios en mí. Fausto me abrió el corazón a la esperanza.

Cuando me quedé solo en la noche, ya no me pregunté ¿por

qué?, sino ¿para qué? Una vez más S. Pablo me recordó la respuesta: «Sabemos que todo sucede para bien de los que aman al Señor, es decir, de los que él ha llamado según sus planes... a los que él ha destinado a reproducir la imagen de su Hijo... a los que otorgó su salvación y les comunicó su gloria» (Rom. 8, 28-30). Y de ahí la profunda convicción de que nada ni nadie podrá separarme del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro (Rom 8, 31-39).

Fui, desde siempre, llamado para predicar el Evangelio... hasta ahora gozando de buena salud. Desde ahora con mi enfermedad. Anunciar que es *Buena Nueva, Evangelio, presencia de un Dios bueno y tierno*. Deseo, desde lo profundo de mi corazón, que desde esta "incomprensible" situación, sintamos la misteriosa, pero cercanísima presencia de un Dios que es amor y que siente ternu-

ra por sus hijos.

En Jesús, que me une a su cruz de esta manera, siento el abrazo y el beso de Dios, que comunico a todos ustedes. Jesús se me hace tan cercano en el amor de mis hermanos, hermanas, decenas de amigos y amigas que me hacen llegar su cariño, su oración, su esperanza... me hacen llegar la vida, me hacen sentir esa victoria de Dios en mí. La fe, la esperanza, el amor de mis padres y hermanos que han asumido esto con una fuerza que sólo puede venir de Dios y que es otra muestra de su amor. Vivo la cruz con el gozo de la Pascua. ¿Podemos entonces seguir llamando a la enfermedad un "mal", cuando se siente la gracia y la fuerza del amor? Desde el punto de vista médico la enfermedad seguirá considerándose un mal. Desde mi fe, la vivo como un tiempo de gracia. Y quisiera que así la experimenten también ustedes, a quienes amo profundamente

y por quienes me siento profundamente amado.

Sé que me acompañan y me siguen acompañando con su oración. Estamos encomendándonos al Señor por intercesión del P. Pedro Arrupe, S.J. Junto a él, a San Ignacio, y a todos ustedes quiero hacer esta oración tan amada:

«Tomad Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, toda mi voluntad, todo mi haber y poseer. Vos me lo disteis, a vos, Señor, lo torno. Todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta».

Rezo por ustedes cada día, «¡cantemos al Señor! Vivamos la alegría dada a luz en el dolor», cantemos al Señor resucitado.

Unidos más que nunca y con todo mi amor fraterno,

Rolando López, S.J.

Lima, 21 de abril de 1995.

Tres mártires de Eslovaquia

El 2 de julio pasado el Papa declaró santos a tres sacerdotes muertos por los calvinistas en 1619.

Eran los comienzos de lo que en la historia se llamó la Guerra de los Treinta Años. El 3 de septiembre, el comandante Gorges Rákóczi y sus soldados llegaron a Kosice (en la actual Eslovaquia). Después de haber entrado en la ciudad, encerraron a los tres sacerdotes. Durante tres días no les dieron alimento, ni bebida alguna. Les exigieron un rescate, exigencia que no pudo ser satisfecha. «Entonces disponeos a morir». Los sacerdotes preguntaron: «¿Por qué tenemos que morir?». Y la respuesta fue: «Porque sois papistas». Y los mártires confesaron su adhesión al Romano Pontífice.

Fueron torturados cruelmente. A Iván Pongraz lo colgaron de las muñecas, lo castraron y lo quemaron. Semejantes torturas cometieron con Melchor Grodziecki y con Marcos Krizevcanin. Los dos primeros eran jesuitas y el tercero, sacerdote secular, ex alumno de los jesuitas y muy adicto a los Ejercicios de San Ignacio.

Las luchas religiosas llevaban a esas barbaries. Lo que hoy día llamamos: los "fundamentalismos". Estas barbaries se cometían por ambos lados.

El 2 de julio Juan Pablo II canonizó a los tres sacerdotes y rindió un homenaje a 24 pastores calvinistas asesinados en ese siglo XVII. Acompañaba al Papa el obispo evangélico Jan Midriak. Mientras el Papa y el obispo rendían el homenaje, dos mil personas observaban. «Realmente apreciamos este ges-

to» -dijo el obispo evangélico. «Nunca habiéramos pensado que algo así ocurriría».

Toda persona tiene el derecho humano de practicar, según su conciencia, el culto a Dios: de elegir su religión. Ningún poder humano puede atropellar la conciencia de los hombres.

Volviendo a los tres mártires de Eslovaquia: quedaron sus cadáveres insepultos. Los mismos protestantes estaban consternados, porque tenían aprecio por los religiosos, como personas buenas.

El príncipe Bethlen desoía las peticiones de los fieles católicos que reclamaban los cadáveres de los mártires. Hubo una fiesta en el palacio llamado "De los Reyes". El príncipe invitó a la condesa Katalin Palffy a bailar y la señora le dijo: «Bailo con su alteza, pero con una condición». El príncipe Bethlen aceptó y pidió que manifestara la condición. La condesa dijo: «Que entregue los cadáveres de los sacerdotes católicos». La condición fue aceptada. Su cumplió el baile y se cumplió la entrega de los cadáveres. El cardenal Pázmany hizo las honras fúnebres y pidió al Papa Urbano VIII el permiso del culto público a los mártires.

Pasarían los años y a principios de este siglo, san Pío X declaró beatos a los tres mártires. Y ... en julio pasado, Juan Pablo II los declaró santos.

Ramón A. Cifuentes, S.J.